



AÑO BISIESTO

6

Efectos del Sermón del Padre Umaña.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA

POR

CAMILO VILLEGAS Y GONZALEZ.



Tip. de "El Siglo Nuevo" -- Rio Negro.



AÑO BISIESTO

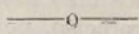
6

Efectos del Sermón del Padre Umaña.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA

POR

CAMILO VILLEGAS Y GONZALEZ.



PERSONAS :

- | | |
|--|-------------------|
| <i>D. Carlos y D^a Matilde,</i> | <i>Eduardo.</i> |
| <i>padres de María y tíos de</i> | <i>Cristóbal.</i> |
| <i>Mariana.</i> | <i>Alberto.</i> |
| <i>D^a Gregoria.</i> | <i>Antonio.</i> |
| <i>Inés.</i> | <i>José.</i> |
| <i>Pepa.</i> | <i>Pepe.</i> |
| | <i>D. Canuto.</i> |
| <i>Neira (cantinero), Jugador 1^o, id. 2^o</i> | <i>Un paje.</i> |

(La escena pasa en Medellín, en Mayo de 1904.)

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala baja, ni lujosa ni mezquina, al uso corriente hoy en Medellín entre gentes acomodadas. A la derecha del actor, la puerta de entrada; á la izquierda, la que comunica la sala con la antesala.

ESCENA I

(Al alzar el telón aparecerán María, Mariana, Inés y Pepa dirigiéndose á los asientos).

MARÍA.—Gracias á Dios que vinieron. Hoy no hemos salido sino á misa, y hay domingos en Medellín de un

*M. D. Sr. Rafael Uribe Uribe -
De su Comandante Administrador y...*

100-582100

aburrimento espantoso. Vamos á sentarnos y á murmurar un poquito. Siéntate aquí, Pepa. (*señalándole asiento*).

MAR.—Y tú, Inés, aquí. (*se sientan*).

MARÍA.—Esta tarde tenemos que platicar de lo lindo porque se prestan á ello las ocurrencias del día. ¿Ustedes fueron á misa de siete á la Capilla?

INÉS.—Y muy de mañanita que tomamos reclinatorio.

MAR.—Yo me fuí hoy á San José. ¿De manera que ustedes oyeron el sermón ó plática de que me habló María?

PEPA.—Cómo no; y la gracia es que lo vamos á poner en práctica.

MAR.—Dímelo á ver si es como me lo contó aquélla.

INÉS.—Pues el Padre Umaña, que, como tú sabes, es un viejo muy cuarto, como dicen los hombres, después de mil amonestaciones que nos hizo sobre esto, y lo otro, y algo hasta más allá de lo preciso, porque él es muy francote, acabó por decirnos: “Se me olvidaba una advertencia importante y es para las muchachas casaderas. Tal vez no sabrán ustedes que en tiempos antiguos, en los años bisicstos, ó sea cada cuatro años, se acostumbraba que las mujeres le propusieran casamiento á los hombres, lo cual me parece que tenga algo de particular, teniendo ellos la obligación de hacerlo durante tres años. Y como noto que se están quedando medio rezagadas muchas de mis amadas feligresas, creo que se debiera resucitar esta buena costumbre, de la cual podría resultar un bien muy grande, separando á los jóvenes con tiempo de las veleidades del mundo y obligándolos así á que cumplan la primera obligación del hombre como buen cristiano: la de fundar un hogar. Y como parece que estas cosas no se arreglan muchas veces por la timidez de los jóvenes, deben las muchachas tomar la iniciativa de cuando en cuando, haciendo las cosas con cierto disimulo, y como quien dice á la si pega.” Y al decir esto se puso á reír el bendito Padre.

MAR.—De manera que el Padre Umaña no quiere que nos quedemos para tías.

MARÍA.—Ni para vestir santos.

INÉS.—Ni para que nos metamos monjas.

PEPA.—Ni para que nos entierren con palma.

INÉS.—¡Ave María, Pepa! no digas esas cosas.

PEPA.—A mí siempre me ha hecho esa moda retintín, porque en eso de las palmas se me pone que pueden revelar muchas clandestinas.

INÉS.—Esta como es tan meticulosa y tan zumbona;

y la niña, ahí donde la ven tan disimulada, está sacando las uñitas. Ya yo le tengo cogidas las cabuyas.

MARÍA.—¿De veras?

MAR.—Cuéntanos, Inés.

INÉS.—A ustedes solas les cuento, pero delante de ella no, por que me mata esa prima. Yo le tengo un miedo atroz.

MARÍA.—A mí me parecê que esas cosas deben tratarse con franqueza entre las amigas. No veo la razón para ocultarlas, puesto que no se trata de hacernos la guerra, ni de cosa que se le parezca. ¿Qué hay de Cristóbal, Inés?

INÉS.—Pues él así, entre sí y entre nó, como que yá quiere y yá no quiere, yá ama y yá aborrece... está como el recito de las Animas.

PEPA.—Me parece que no debieras quejarte.

INÉS.—Yo no me quejó del todo, pero sí quisiera verlo más decidido. Y ahora que te metiste en lo mío, cuéntales á las muchachas qué hay de Alberto.

PEPA.—A mí no me gusta hablar de esas cosas, porque la verdad es que me parece que nó hay nada.

INÉS.—Mira, María, podría jurar que tiene sus asuntos más adelantados que nosótras, pero es que para fingir no hay quién le iguale.

MARÍA.—Con permiso voy á traer qué fumenios (*sale*)

ESCENA II

INÉS.—Cuéntanos Mariana, qué hay de cosas entre Eduardo y María, pues dicen que eso adelanta.

MAR.—Entre ellos parece que está todo arreglado; pero entiendo que mi tío Carlos se la quiere jugar con D. Canuto Mendizábal, según me contó mi tía, pues María no sabe nada, ó aparenta no saberlo.

ESCENA III

MARÍA (*entrando con una conchita de cristal con un paquete de cigarrillos empezado, tabacos pequeños y una caja de fósforos*).—¿De quién están murmurando? Se me pone que de mí. Vean si quieren cigarrillos ó fuman de estas conchitas que están muy buenas. Puro Ambalema, porque á mi papá se le ha propuesto contemplarme desde hace días más que de antes.

PEPA.—Será para dulcificarte la despedida, pues parece que aquello marcha.

MARÍA.— Soy tan de malas, niña, que hoy, cuando ya podría cantar victoria, he sabido que mi papá no puede ver á Eduardo ni pintado.

MAR.— Parece que es que á mi tío le gustan los viejos y le cirujan los muchachos.

MARÍA.— Yo no sé si le gustarán ó nó, pero á mí con viejo no me casan.

INÉS.— Nadie puede decir : de esta agua no beberé, porque la lengua se desliza muy fácil y hace caer á cualquiera.

MAR.— Y es que mi tío le tiene mucha ojeriza á los Clubes y dice que esas casas son centros de perdición, y que no hay un solo hombre bueno de los que á ellas concurren, y como Eduardo...

MARÍA.— Pues yo creo que no hay una idea más falsa, porque lo que se nota, por el contrario, es que allí se civilizan los jóvenes, y adquieren un roce social que no lo conseguirían nunca en la calle.

PEPA.— ¿ Y qué es lo que hacen los hombres en esos clubes que se habla tanto de ellos ?

INÉS.— Pues á mí lo que me ha dicho Heliodoro, mi hermano, es que allí tienen muchas distracciones, empezando por escogidas bibliotecas, periódicos del Exterior y del País, buenos cuadros, buenos conciertos &, y que allí se forman tertulias en que se trata de todo, y en que comentan los sucesos notables que ocurren, y se ventilan cuestiones científicas y de política, de artes... y qué sé yo. En todo caso á mí me parece que tales centros no tengan nada de malo, y que, como dice María, allí los hombres no sólo se civilizan sino que también se instruyen.

MAR.— Pues volviendo á nuestro asunto, á mí me parece que mi tío tiene razón, porque los muchachos siempre son calaveras, mientras que los viejos son más calmados, y acompañan más á una, y tal vez con mayores contemplaciones. Aquí donde me ven, yo soy *viejista*. (risas).

PEPA.— Pues yo nó, y prefiero un muchacho, aunque sea algo calavera, á un estafermo de esos que se le sientan á una en la casa todo el santo día á fisgar cuanto se hace y cuanto pasa ; y que además vaya y resulte bien *queredor* y celoso por añadidura.

MARÍA.— Eso es claro ; esos maridos así son detestables y le quitan á la mujer toda su libertad. ¿ Qué harías tú, Mariñá, con un hombre sentado todo el día en la casa y en este brete : *tun, tun*. — ¿ Quién es ? — El *leñatero*. Sale la mujer y le paga la cuenta. Entonces se presenta mi

viejo :—; á qué vino ese hombre ?—Por la plata de la leña. ¿Cuánto te cobró ?—Tánto.—! Ah ladrones !—No digo yo que hoy no hay más que una partida de ladrones ! Viene la lavandera y pasa lo mismo, con la aplanchadora, lo mismo, &, &, y así es que todo el día no se oye en la casa más que una sola *cantaleta*. ¿Ese parece que esa sea vida? ¿Qué dices tú, Inés ?

MAR.—Permítanme. Todo tiene su más y su menos; porque si el muchacho se entusiasma en el Club, y no se aparece hasta media noche ó al amanecer . . .

MARÍA.—Esos son casos excepcionales, y todo depende del modo como la mujer sepa llevar al marido.

INÉS.—Pues yo soy de la escuela de D. José M^o Díaz y me gustaría un hombre que, como aquél decía, “no le abriese cuentas ni á los gastos de la casa, ni á la política, ni á las limosnas!” Lo demás correría por mi cuenta.

MARÍA.—Qué bien se expresaba ese gran patriarca !

MAR.—En cuanto á lo primero y lo último estoy de acuerdo con ustedes; pero en cuanto á la política, nó. Yo quisiera un marido neutral para evitarme disgustos, porque aquí en donde á cada rato hay una revolución, según sus opiniones, ó se los llevan á la guerra; sobre todo si son jóvenes, ó los meten á la Cárcel.

MARÍA.—Esas consideraciones no se hacen, porque el hombre debe tener carácter y sostener sus convicciones con firmeza, aunque le cueste la vida; y yo preferiría mandarle á mi marido la comida á la Cárcel, que tener que subírsela á un zarzo, ó metérsela debajo de una cama. La historia nos enseña que las naciones en que las mujeres no educan á sus hijos con ideas de independencia y amor patrio, están condenadas á la esclavitud y á la vergüenza. Si estará pasando hoy eso en Colombia? . . . Además, la política interior de un país debe preparar los caracteres para ponerlos en capacidad de rechazar las agresiones de fuera; y por otra parte, las mujeres no estamos eximidas de ese amor patrio, puesto que han de ser nuestros padres, ó nuestros esposos, ó nuestros hermanos, ó nuestros hijos, los que han de quedar en la lucha victoriosos ó vencidos, héroes ó mártires; y yo preferiría tener que regar sus tumbas de flores empapadas en mis lágrimas, á seguir viviendo en una especie de somnolencia como ésta tan parecida á la ignominia. [1]

(1) Se alude aquí á la calma que siguió después de la separación de Panamá.

PEPA.—¿De dónde sacas todas esas cosas?

MAR.—Pues porque sabe más que un libro. Imagínate que no hay periódico ni papel que no se lea, y como el que entre la miel anda... A ella no se le escapan ni los cuadernos del Dr. Ross, ni los de píldoras rosadas de Williams. Me parece que ya debe ser hasta doctora en Medicina.

MARÍA.—Gracias por el *floreo*.

PEPA.—Todo eso me parece muy bien y estoy de acuerdo con María; pero dejemos esas filosofías; qué ellas allá para otros, y volvamos á nuestro punto de partida: En qué quedamos por fin, ¿escribimos ó no escribimos?

INÉS.—De veras que se nos estaba olvidando la cuestión principal. ¿Qué dices tú, Mariana?

MAR.—Pues yo por ahora no tengo candidato y ustedes comprenden que para eso se necesitan preliminares para no exponerse una á un desaire; lo cual sería muy mortificante. A mí me parece que sería mejor hacer eso á solas, y de palabra, como las heroínas del Padre Constantino: ¿Por qué había de ser por escrito?

PEPA.—Ah caramba! Yo tal vez no era capaz de hablar en ese sentido, mientras que con una cartita así... medio disimulada, pero intencionadilla, de manera que se cumpliera aquello de que "para buenos entendedores con media palabra basta".

INÉS.—Y además á mí me han dicho que á los hombres les gusta mucho que les escriban las mujeres, y quién quita que dando en el clavo y metiendo una buena preocupación... no se animen entonces ellos á tomar el negocio por su cuenta?

MARÍA.—Pues, y si, como dijo el Padre Umaña, va una á la si pega, y el hombre es discreto y no le gusta la propuesta, ó la proponente, pues no ha de ser tan descortés que salga por esas calles á publicarlo y á desacreditar á una, sino que más bien se callará, haciéndose el indiferente, pues sería muy feo que un caballero le echara *nones* á una señorita; y luego saliera á burlarse de ella con los amiguitos.

PEPA.—Pues la cosa siempre está trabajosilla; sin embargo, amanecerá y veremos, como dijo el ciego:

MAR.—Y amaneció y no vio nada.

ESCENA IV

Dichas — D^a Gregoria y D^a Matilde.

D^a GREGORIA (desde la puerta).—Varios, muchachas; que ya Mauricio estará buscando la comida.

MARÍA.—Por qué tanto afán, D^a Gregoria? Es muy temprano; espérese otro poquito.

D^a GREG.—No, hija, ya dieron las cinco y aquel bendito tendrá hambre. (*se levantan*).

(*Todas en la puerta de salida empiezan á despedirse*)

MAR.—Adiós, pues, queridas.

PEPÁ.—Hasta otro día.

INÉS.—Que no echen esos planes en olvido.

D^a GREG.—¿Qué planes, hija?

INÉS.—Un pasco que tenemos.

D^a GREG.—¿Para dónde?

INÉS.—Pues según creo, me parece que iremos á dar hasta las nebulosas.

D^a GREG.—Entonces será en globo. ¿No has leído por ahí, Matilde, en esos papeles de la calle que esos franceses ó ingleses... yo no me acuerdo bien... ya andan por el aire como diz que se anda por tierra en un ferrocarril?

D^a MATILDE.—Eso me contó Carlos, pero como yo soy tan torpe no le pude entender bien.

MARÍA.—Pero, Ave María, ustedes sí que están atrasadas: pues ese es el invento de Santos Dumont, que está produciendo la mayor de las revoluciones en los adelantos modernos.

D^a GREG.—Pero dejemos esas cosas, así como tan milagrosas, y dime Matilde: ¿Es cierto que está loca la hija de D. Andrés?

D^a MATILDE.—Entiendo que sí, y por cierto que hoy me contaron un lance muy gracioso, aunque bien desagradable.

Parece que ayer salió Andrés con Adelita para su finca del "Poblado", y mientras aquél saludó á un conocido, la Adelita, que es más jineta que un chalan, picó la bestia y la lanzó á la carrera. Andrés salió detrás, pero á las pocas vueltas ya no veía ni el polvo del camino por donde su hija volaba. Afortunadamente se encontró con unos cachacos que la conocían y que le comprendieron las intenciones, y uno de ellos le dijo:—¿á dónde va, señorita? Y

ella le contestó :—A recorrer el mundo. Entonces se fueron con ella, haciéndole la corte, y uno se adelantó hasta una casa de conocidos y llamó á una de las señoritas que saliera al corredor y le llamase la atención al pasar. Así lo hicieron hasta que al cañó del rato llegó el pobre Andrés más muerto que vivo y recuperó la fugitiva.

INÉS.—Qué vergüenza, por Dios!

PEPA.—De manera que si no da con tan buenos cazadores se pierde la venadita Cómo se habrán reído . . . !

D^a MAT.—Lo cierto es que la pobre muchacha está perdida, ó al perderse; y que sus padres están sufriendo de una manera horrorosa.

PEPA [á María].—Esa se salvaba proponiendo.

D^a GREG.—Líbrenos Dios de semejante desgracia, y
iii [iii]

INÉS (interrumpiéndola).—Ave María, mamá; no entable más conversación, para que no digan los hombres que las mujeres hacemos más larga la despedida que la visita.

D^a GREG.—¿ Acaso nos están viendo ?

PEPA.—De veras, vámonos, que ya las señoras estarán cansadas. Adiós, pues, (Salen. D^a Matilde con ellas)

MARÍA [desde la puerta].—Que no se les olvide el camino, que vuelvan.

ESCENA V

MARÍA.—Dime, Mariana, ¿ qué era lo que estabas diciendo cuando fui por los tabacos, que algo oí ?

MAR.—No puedo ni debo ocultártelo más. Mi tío te quiere casar con D. Canuto.

MARÍA.—¿ Con ese viejo tan pelnado que pasa por aquí todas las tardes ?

MAR.—Mi tía me lo contó ayer muy en secreto, ya lo sabes, muy en secreto, para que no vayas á cometer alguna imprudencia; y parece que tu padre te hablará muy pronto de eso.

MARÍA.—¿ Con qué esas fenemos ? Pues no en mis días [*Y quedándose pensativa se da una palmada en la frente, y dirigiéndose á una mesa, toma papel y escribe.*]

MAR (á solas).—¿ Qué habré hecho yo ? ¿ Habré cometido una imprudencia ? Pues como la niña es cabecidura y resuelta, no es difícil que ahora mismo ponga en planta las ideas del dichoso sermoncito. María, ¿ qué haces ?

MARÍA.—Nada, no me arredran las batallas, y como ya soy mayor de edad, si no les gusta Eduardo, prefiero que me depositen, á sacrificarme con el otro.

MAR.—¿Y si te abandonan tus padres?

MARÍA.—Mi madre, nunca; y cuando yá la cosa no tenga remedio, se amansará mi padre.

MAR.—María, por Dios, no vayas á hacer un escándalo; mira que se lo cuento á mi tía.

MARÍA.—Mejor, cuéntaselo para que de una vez sepan á qué atenerse.

MAR.—Pues ya que cometí esa indiscreción voy á llevarla haciendo eso ahora mismo. *(sale)*.

MARÍA *(cierra la carta y toca un timbre diciendo)*:—Por lo que estoy viendo no hay tiempo que perder. Prepáremos el terreo para la defensa.

ESCENA VI

Entra un paje.

MARÍA.—Esta noche, como á las siete, vas hasta Belchite; ¿no sabes en dónde queda ese Club?

PAJE.—Sí, señorita.

MARÍA.—Pues vas allá y dejas esta carta con el portero; pero cuidado con que alguien lo sepa: silencio absoluto. *(Le da un billete)*

PAJE.—Pierda usted cuidado, señorita.

ESCENA VII

MARÍA *(Tomando un libro y sentándose)*.—Pues ahora veremos quién triunfa. A mí no me amedrentan las luchas, y me gusta vencer dificultades.

PAJE *[desde la puerta]*.—Señorita, el Sr. D. Canuto. *[María se levanta con el libro en la mano]*.

ESCENA VIII

D. CANUTO *(Entrando)*.—Beso á usted los pies, señorita María.

MARÍA.—Para servir á usted, caballero, siga usted y tome asiento. *(Nada de darse las manos, le acerca un asiento y D. Canuto lo toma)*.

D. CANUTO.—Es usted muy amable. Mil gracias.

MARÍA.—Si U. me lo permite, voy á llamar á mi mamá, pues papá no ha venido todavía.

D. CAN.—Eso me dijeron desde el portón, pues vengo en busca de él; pero yo no sé por qué me entré hasta aquí como un autómatas.

MARÍA.—Pues hizo U. muy bien, D. Canuto, porque si papá estuviera aquí, él mismo le diría que esta es su casa de U. [*Hace ademán de salir*].

D. CAN.—No se moleste U., señorita, yo volveré luego, pues tengo que hablar con Carlos cosas que nos interesan. Y á propósito, ¿qué estaba U. leyendo? Perdone que la haya interrumpido.

MARÍA.—No tenga U. cuidado, Leía “La Vida del Campo,” un libro muy agradable.

D. CAN.—¿Le gusta á U. el campo?

MARÍA.—Sí, señor, me encanta.

D. CAN.—Me alegro mucho que tenga U. esas ideas, y me supongo que ya saldrá U. pronto á gozar del bienestar y de la libertad que proporciona.

MARÍA.—No señor, hasta Diciembre no salimos.

D. CAN.—Cómo, ¿y no sabe U. que ya tenemos casa conseguida, una linda *quinta* para que nos vayamos los dos?

MARÍA.—¿Nos vayamos? ¿Quiénes?

D. CAN.—¿Quiénes? Pues U. y yo. ¿No es eso lo convenido con Carlos?

MARÍA.—Yo no sé de ningún convenio, y aunque lo hubiera, señor, yo no salgo al campo sino con mis padres y con Mariana.

D. CAN.—Pero es que, como U. sabe, aquí se acostumbra salir fuera de la ciudad á pasar la luna de miel, y ya tenemos nuestra casita ¿qué digo? un palacio! Queda algo distante de aquí, pero se puede ir hasta allá en coche, y como éstos están tan caros, así evitamos los inconvenientes de las demasiadas visitas, que, sobre todo los domingos, son muy abundantes, y como hay que atenderlas bien, proporcionan un gasto excesivo.

MARÍA.—(*que antes estaba risueña, se pone seria y dice*)—Pues no entiendo esa jerigonza, caballero, ni esas declaraciones así tan de zopetón. ¿No merezco mejores consideraciones? Y si, como U. lo da á entender, esa luna de miel la va U. á pasar conmigo, bien puede U. devolver su casita, ó llevar á otra á que la pase con U. en ella, ó en los... perdone, ó por allá en la luna, ó donde U. quiera, que eso á mí no me importa. Voy á llamar á mi mamá.

D. CAN. (*levantándose*).—No se moleste U., señorita;

yo me marchó, pero no quisiera hacerlo sin saber si es de verdad que me desaira U.

MARÍA.—Completísimamente de verdad.

D. CAN.—Pues yo estaba equivocado, ó mejor dicho, me han tenido engañado. Mil perdones : á los pies de U., señorita María.

MARÍA.—Que lo pase U. bien, caballero. (*Se vuelve hacia la mesa de escribir, quedándose pensativa.*)

D. CAN. (*desde la puerta*).—Pero si Carlos me ha dicho que todo está ya arreglado. Espérate, melindrosita, que yo te lo echaré encima, y entonces veremos, sí, entonces lo veremos. (*Salte*).

ESCENA IX

MAR. [*saliendo de la antesala*].—¿Qué haces allí, María, tan cavilosa?

MARÍA.—Casi nada, prepararme contra el monstruo.

MAR. ¿Quién es el monstruo?

MARÍA.—Mi padre.

MAR.—Santo Dios bendito ! ¿qué es eso María?

MARÍA.—Pues me parece que mi padre hace muy mal en disponer de mí mano : primero sin mi consentimiento, y segundo contra mi voluntad.

MAR.—Pero hay que tener en cuenta que él no busca ni quiere sino tu bien.

MARÍA.—Pero yo no lo acepto en esa forma : he de quererlo yo también. Lo demás sería una imposición odiosa que me haría desgraciada para siempre.

MAR.—¿Y quién te ha dicho que precisamente hayas de ser desgraciada?

MARÍA.—Me lo dice el corazón.

MAR.—¿Qué te dijo D. Canuto?

MARÍA.—Me dijo muchas cosas, y todas muy propias para enamorarme. Imagínate que me llevará bien lejos, adonde no vayan visitas porque eso cuesta mucho. Por lo visto (*con burla*) él quiere que nos solacemos como dos palomas en la soledad del campo, sin que nadie interrumpa nuestra dicha.

MAR.—¿Pues qué te parece que en eso de los gastos D. Canuto es hombre previsor!

MARÍA (*remediándola*).—Pues qué te parece que este señor si abrirá cuentas de gastos. Está bueno para tí, Mariana. Y diz que tiene una quinta que parece un palacio ; aprovéchala ahora que la tiene arregladita.

MAR.—Como la gresca no es conmigo. . . . Pero si yo fuera tú, la aprovecharía.

MARÍA.—No hables boberías, prima, que todo eso es muy cargante. Voy á contárselo todo á mi mamá. (*Vase por la puerta de la antesala.*)

ESCENA X

MAR.—[*Sola.*]—Pues me tienen confundida todas estas cosas. Aquí se va á armar una tremolina de todos los... Ave María Purísima! Se van á encontrar dos tempestades, y me parece que se van á cruzar los rayos y las centellas como langostas en abierto campo.

Ay! tuviera yo mis padres y les daría gusto en lo más mínimo, aunque me tuviera que lanzar á un precipicio. Pero María, no; ella los adora, eso sí, pero es terca como su padre, y como tiene más talento y más salidas que el mejor abogado, no se avenirán si Dios no pone en ello su poderosa mano. María es incomprensible, y muy buena y muy santa, pero caprichosa como ella sola. Así, por él, unas veces dice mi padre, otras papacito y otras papá á secas, y vayan Uds. á preguntarle esas mudanzas, y les dirá muy oronda: pues según esté mi humor. Sería la mejor esposa del mundo, de ello estoy persuadida, porque es muy amante, y no es celosa. Ay! quién sabe si yo sí lo seré. Creo que sí, y qué defecto tan feo es ése! Cuando tuve mis amores con el infiel Arturo, lo celaba hasta con la pared del frente. Y si eso era así desde lejos, ¿cómo lo seré de cerquita? Decididamente, yo no estoy buena sino para un viejo que me deje vivir *despensionada*.

ESCENA XI

D. CARLOS (*entrando.*)—¿Es cierto, Mariana, que hace poco estuvo aquí Canuto?

MAR.—Sí, señor.

D. CAR.—¿Y con quién habló?

MAR.—Con María únicamente.

D. CAR.—¿Y sabes tú de qué tratarían?

MAR.—Parece que D. Canuto le habló de pasar la luna de miel en el campo, y de no sé qué más.

D. CAR.—(*aparte.*)—Qué hombre tan imprudente! ¿A que echó á perder todos mis planes? (*á Mariana.*) ¿Y ella no le contó en qué quedaron?

MAR.—Por lo poco que pude oír, me parece que ella

lo mandó á que pasara su luna de miel en los cueernos de la luna.

D. CAR [*paseándose*].—Por lo visto se complica la situación y esa muchacha me va á hacer pasar las de San Quintín [*á Mariana*] ¿Y tú qué opinas de esto? ¿En qué estado de ánimo te pareció la chica?

MAR.—Por lo que comprendo, ella lo rechazó terminantemente, y después quedó como muy burlona y como muy prevenida contra U. Creo de mi deber avisárselo.

D. CAR.—Házme el bien de llamarla y nos dejás solos.

ESCENA XII

D. CAR.—Bonitos estamos los pobres padres de ahora. Nosotros desvelándonos por hacer la felicidad de nuestros hijos; y ellos rechazándola. No se le ve hoy lado bueno al mundo por ninguna parte. Todo se ha corrompido: los caracteres, las costumbres, la juventud; la ancianidad. . . . ¿Pues no vemos con frecuencia viejos ya decrepitos, entregados al juego y la bebida, ó á la especulación avara, alternando con esos mocozuelos á quienes Satanás inspira y educa? ¡Tiempos de mis mayores! Cuánta amargura siento cuando considero que os fuisteis para siempre! [*Notando que entra María*] Ayúdame Dios poderoso; que mi situación es muy desesperada!

ESCENA XIII

MARÍA.—¿Me necesitaba, papacito? ¿Quiere que le prepare el baño? Pero ya es muy tarde.

D. CAR [*serenándose*].—No, hija, hoy me bañé donde Amador, porque deseaba caminar un poco. Siéntate y cuéntame qué ha ocurrido por aquí esta tarde. ¿Han venido visitas?

MARÍA.—Sí, señor, vinieron un momento D^{ña} Gregoria y su hija, y Pepa, su sobrina.

D. CAR.—¿Y nadie más?

MARÍA.—También vino D. Canuto Mendizábal, un viejo muy amable, quien de buenas á primeras me anunció que me va a llevar á una quinta, por allá muy lejos, á donde no vayan visitas, á pasar la luna de miel.

D. CAR.—¿Y tú que le dijiste?

MARÍA.—Pues que *noes*, porque yo no salgo al campo hasta Diciembre, y eso con mis padres y con Mariana.

D. CAR.—Qué mal hiciste en eso!

MARÍA.—¿Por qué, señor?

D. CAR.—Porque sí, porque ése es un hombre á quien yo le debo muchos favores, y él me los hace contando con tu niano, pues yo se la ofrecí en prueba de mi agradecimiento por ellos, y creyendo que obraba por tu bienestar.

MARÍA.—En lo cual tal vez no hizo U. bien sin contar con mi voluntad.

D. CAR.—La voluntad de las hijas, sumisas y obedientes, no debe ser otra que la de sus padres, pues ellos no deben aspirar sino á la felicidad de ellas.

MARÍA.—Tal vez yo estaré equivocada; pero creo que la voluntad de los padres, amantes y cariñosos (y se lo digo con el mayor respeto), debe ir de acuerdo con la voluntad de sus hijas, si es que de veras quieren su felicidad, como yo podría jurarlo que sucede, pues ellas también saben en dónde se halla ésta.

D. CAR.—Déjate de respingos y hablemos claro. Yo no creo que en el mundo haya felicidad completa, pero lo que así llamamos en el lenguaje corriente, lo descubrimos más fácilmente los viejos con nuestra experiencia, que una joven como tú que no ha salido nunca de las faldas de su madre y que, con el ardor de su sangre, puede dejarse llevar extremos lamentables, y hasta dónde, tal vez, no tenga ningún remedio.

MARÍA.—Descuide U. por esa parte, padre, pero le suplico que me deje mi libertad, y más tarde U. me juzgará.

D. CAR.—Seamos razonables, hija: tú estás enamorada de un botarate, de un holgazán que no sale del Club, y que á estas horas estará con el cerebro ardiendo, y tal vez arriesgando en el juego lo que ganó en la semana. Persuádate; esos mozaibetes de hoy no sirven para otra cosa que para mortificar á sus padres, y quizá para arruinarlos.

MARÍA.—¿Y quién le dice á U. que no puede equivocarse, en mi caso, por ejemplo?

D. CAR.—¿A quién? ¿A mí? (*Se levanta*) ¿No sabes tú que los tales Clubes son centros de disipación y de perdición, en que se cometen las mayores locuras y las mayores iniquidades?

MARÍA.—Yo sabré muy poco (*se levanta*), pero á pesar de que toda institución social tiene defectos, estoy persuadida de que esos establecimientos son verdaderos centros de civilidad, en donde los jóvenes se vuelven más educados y más cultos, y donde hay una verdadera sanción para obligarlos, si acaso no lo son, á que sean caballeros.

D. CAR (*aparte*).—No le entro y me mata. (*á María*) Pues yo tengo decidido el casarte con Canuto, que es hombre decente y moderado, de alta posición social y financiera y que hoy es mi benefactor,—¿lo entiendes?—mi benefactor, y el cual puede llenarte de comodidades y de riquezas. ¿Comprendes la diferencia con el otro?

MARÍA.—Sí la comprendo, padre, y por eso rechazó á esotro, porque yo no ambiciono riquezas, y no comprendo la vida sin el amor, y es en él únicamente en donde puede hallarse eso que U. llama felicidad.—Si U. le debe favores á D. Canuto, puede estar seguro de que se los agradezco más que si me los hubiera hecho á mí; pero también puedo asegurarle que, por favores míos, no tendrá nada que agradecerle D. Canuto á U.

D. CAR.—Pues tendré qué hacerte dichosa y rica por fuerza, yá que no quieres por bien.

MARÍA.—Ni por buenas, ni por malas; quisiera que U. sufriera por mí, lo cual me es muy doloroso; y persuádase, padre, de una cosa: aunque yo tenga poca experiencia de la vida, sí sé perfectamente bien, que la mujer que de veras ama á su marido, no necesita de ostentación ni de fausto para vivir contenta y para ser feliz.

D. CAR.—Dejándonos de disputas, voy á contarte lo que hizo el otro día tu D. Eduardito, á ver si eso, te parece corriente. Se reunieron unos amigos en el Edén, un domingo como hoy, y se pusieron á apostar carreras, y el mocito aquél, que dicen ser gran jinete, apostó mil pesos en una de ellas, y él mismo corrió el caballo. ¿Te parece eso corriente, será eso gran calaverada ó nó, arriesgar la vida y la fortuna en lance tan peligroso?

MARÍA (*aparte*).—Se conoce que es gente alentada. (*á D. Carlos*) ¿Y la ganaría ó la perdería?

D. CAR.—Afortunadamente la ganó.

MARÍA.—Apuesto, padre, á que U. también hacía sus calaveradas cuando mozo. . . .

D. CAR (*aparte*).—Y bien caras que me costaron. . . . (*á María*) Mis calaveradas no pasaron jamás de apostar diez pesos, y eso á los naipes, en que no hay riesgo ninguno para el cuerpo.

MARÍA.—Pues arriesgó U. los mismísimos mil pesos que Eduardo, porque U. apostaba oro, y U. mismo me ha dicho que hoy diez pesos en oro, equivalen á mil de nuestra moneda al tipo oficial.

D. CAR (*con ira*).—¿Qué sabes tú de esas cosas? No quiero ni que me lo mientes. Vete á vivir con él á un

Club. . . . Pero no lo harás, vive Dios, porque aquí estoy yo que soy quien manda y quien se hará obedecer.

MARÍA.—Yá volvió á alterarse, padre, y yo creo que no lo he ofendido, y me parece que U. tiene en su mente la obsesión de los clubes. Pero vamos á ver [*sube la voz*]. Si U. tuviera hijos ¿preferiría que ellos frecuentasen aquellos centros, y se rozasen con gente honorable y culta, ó que subiesen en plena tarde por la *Quebrada-arriba*, en coche descubierto, y se bajasen en público ante la puerta de cualquiera mñerzuela?

D. CAR [*con gesto de disgusto*].—Pues ya sabes que llevaré adelante mis proyectos y que me opongo á los tuyos. [*vase diciendo*]. Sí, me opongo. . . . me opongo. . . . [*al llegar á la puerta de la antesala se vuelve dirigiéndose á María y le dice con voz fuerte*]: y me opondré!

MARÍA (*dejándose caer en un sillón exclama*):—¡Ay, Dios mío! (*se cubre la cara con las manos*).

CAE EL TELÓN.

ACTO SEGUNDO

El gabinete ó corredor de un Club, con varias puertas en el fondo. A la derecha del actor una pieza con cantina. Sillas mecedoras junto á ellas con pequeñas mesas al frente. Al alzar el telón aperecerán en el medio, ó en el otro extremo, dos personajes jugando ajedrez. (*El uno viejo, Jugador 1º; y el otro más bien joven, Jugador 2º.*) El Jugador 2º toma dos peones distintos, y cruza por detrás las manos dirigiéndose al otro.

ESCENA I

JUGADOR 1º.—Juego con el de la derecha: (*trégo arreglan las fichas y principia la partida*).

[*Entran Ed., Crist. y Alb. y se dirigen á los asientos*]

ED.—Ola, ¿yá se van á desplumar?

CRIST.—Apuesto á que ninguno de los dos se arruina.

ALB.—Toma, si no apuestan ni un tabaco.

CRIST (*dirigiéndose á Neira que estará sentado en la puerta de la cantina*).—Yá sabe, Neira, que esta noche vamos á coger la *gotera*, es decir, á beber de *gorra*. No olvide las instrucciones que le di, y todo con mucha viveza.

NEIRA.—No tenga U. cuidado.

ED.—(*que ha cogido en la mano un paquete de papele-*

tas que se dejaron ahí con lápiz atravesado)—Hombre, no tenemos necesidad de ocurrir á esas tretas. Mira, aquí hay un cheque firmado por mi padre muy fácil de falsificar, pues tiene tres unos sin rabito, y no consta la cantidad en letras. Se le pueden fabricar dos nueves ó dos sietes al final ¿Qué opinas?

CRIST.—Opino que eso es un robo y que no tenemos necesidad de hacerlo.

NEIRA.—Yo también me opongo á eso, porque después, si se nota, pueden desconfiar de mí.

ED.—Vean Uds. : esto no es un robo sino una lección que le voy á dar á mi padre, y es mañana mismo. Le confieso lo que hice y le hago notar su falta de previsión, pues que si hoy tenemos perfecta confianza en los empleados del Club, ¿quién quita que mañana vengan otros que se aprovechen de esto mismo que yo estoy haciendo? Y la lección no es sólo para el Club, sino también, y con mayor interés, para la calle.

ALB.—Pues si haces eso, convengo en ello; pero si no, nó.

ED. (*remendando el cheque.*)—Vean qué toman. Tenemos sesenta y seis pesos para empezar. Yo tomo ron viejo con gotas.

CRIST.—Yo, lo mismo.

ALB.—Lo mismo.

CRIST.—Yá se llegará el caso de tigre con brandy. Yá lo oye, Neira, cuando caiga pájaro gordo.

ED.—Y después de todo, la justicia debe comenzar por casa. ¿Mi padre está en el tresillo?

NEIRA. (*desde la cantina.*)—Sí, señor.

ED.—¿Pero qué están tomando esos benditos que le adjudican á mi padre ciento once del guaseazo?

NEIRA. (*saliendo con una bandeja y las copas.*)—Pues brandy y cerveza extranjera. El pico es de una caja de fósforos. (*Toman las copas.*)

ED.—Salud!

CRIST.—Salud!

ALB.—A la salud de D. Vicente.

ED. (*á Neira.*)—Tráiganos tres paquetes de cigarri-
llos y tres reínas.

NEIRA.—Se acabaron las reínas.

ED.—Ah! ésas están escasas ahora; entonces tráiganos príncipes, que ésos sí abundamos. [*Ríen.*]

ALB.—Les traigo una esta noche y apuesto á que no me la tapan.

CRIST.—Apuesto á que sí.

ED.—La mía es mortal.

JUG. 2.^o—¿Una qué?

ALB.—Pues una antioqueña, hombre, como han dado en llamar nuestras exageraciones.

ED.—Claro, y lo raro fuera que no. Aquí en Antioquia ha dado en resultar todo antioqueño. Si estuviéramos en Pekín ó en Tokió, no habría riesgo de dar con los paisanos, que indudablemente los habrá por allá como descendientes que son del pueblo errante; pero aquí ya sabemos en dónde están.

CRIST.—Pues yo no los veo.

ED.—Pues entonces estarás ciego, porque aquí todo es República y Antioquia. Tenemos imprentas republicanas, brandy repub., chicha repub., Banco Republicano, que me parece que, como todos los otros, dará sus fondos del cinco por ciento mensual para adelante, si acaso los da. ¿Qué tal si, en vez de republicanos, tuviéramos bancos dictatoriales? Tenemos cervecería antioqueña, compañía antioqueña de tejidos, barbería ant., sastrería ant., droguería ant., política antioqueña, literatura antioqueña, periódicos antioqueños, chocolatería antioqueña.

CRIST. (con ademán en la mano.)—De Claves.

ED.—Y todo esto en Antioquia. Que si fuera, por ejemplo, imprenta antioqueña en Cali, ó bazar antioqueño en Cúcuta, pase, así como hay Crédito antioqueño en Bogotá, ó había, que yo no sé en qué pararía esa *fachenda*. ¿Tú lo sabes, Albérto?

ALB.—No he podido entender bien ese enredo, pues creo que lo hay, y gordo. Lo único que sé es que allí ha habido antioqueños entrantes y antioqueños salientes, lo cual me está haciendo recordar un pensamiento de Dumas sobre el matrimonio: “Una verdad encerrada—en un sencillo aforismo:—el matrimonio es lo mismo—que fortaleza sitiada; —y así vemos combatir,—luchando sin descansar,—los de dentro, por salir,—los de fuera, por entrar.”

CRIST.—Y ahora que hemos resultado de la Montaña, pues tenemos Montaña literaria, Montaña médica, Montaña jurista, &^a . . . ¿qué venimos á ser los hijos de la Montaña, montañeses ó montañeros?

ED.—Pues, hombre, será de todo.

ALB.—Sí, de todo, como en botica.

ESCENA II

(Entra Antonio y, se pone á ver jugar ajedrez.)

CRIST.—Creo que tenemos *lipo* para la gotera. (*En alta voz.*) Pues yo no he estado por los pueblos del Sur, pero me parece que Aranzazu queda entre Pácora y Salamina.

ANTONIO (*dirigiéndose á ellos.*)—Hombres, no sean animales. (*Todos; gracias.*) Eso se llama no tener ni mínimas nociones de Geografía.

CRIST.—Pues si sabes tanto, dínos en qué orden quedan las poblaciones del Sur, hasta Manizales.

ANT.—Pues La Ceja

CRIST.—No, hombre, entiendo que La Ceja queda más bien al Oriente; ¿á que también sales con alguna barra basada? Empieza por Abejorral.

ANT.—Bueno: Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira

NEIRA (*inmediatamente.*)—Voy para allá D. Antonio. (*En la puerta.*) ¿Qué desea D. Antonio?

ANT.—Yo, nada.

CRIST.—Entonces, ¿para qué lo llamaste? Aquí no se llama al Cantinero de balde. Mándalos servir.

ANT.—No sean pícaros, pero . . . (*á Neira*) pregúnteleles qué toman. Yo también venía á eso.

NEIRA.—¿Qué toman los señores?

Todos, (*sucesivamente.*)—Lo mismo, lo mismo &^a.

ANT.—A mí me da un anisado, pero acuerpadito. (*Se sienta.*) Necesito sacarle el jugo á este trago. Hablen aunque sea despellejando al prójimo, puesto que Uds. mantienen tan lista la *sin güeso*.

ALB.—Cómo, si tenemos un desafío, y te nombramos juez, á ver cuál tapa á los otros con una antioqueñada.

ED.—De veras, quédate de juez: empieza tú, Alberto, que lo propusiste.

ALB.—Bueno; pues es el caso (*fíjate bien Antonio*) que ayer me planté en una esquina cerca á unos forasteros que estaban conversando. No hay ni para qué decir de qué sería, puesto que hoy no se habla más que de quiebras. Uno de ellos decía: pues no había de quebrar fulano, si hizo esto, y lo otro y lo de más allá, es decir, las mayores barbaridades del mundo. Y al concluir el acusador, uno de ellos exclamó: "Pues esos negocios se parecen al que hizo un hombre de Manizales, que vendió un caballo que tenía, para conseguir con qué cuidarlo." (*Risas.*)

CRIST.—Está buena, pero la tapo. Sucedió que una vez llegó á Pácora un artesano del interior, muchacho inteligente y despierto, como ahora verán. El tal era aficionado al juego, y como le olieran billetes, le armaron la trampa por debajo de cuerda, y lo mandaron invitar. El muchacho no se dejó repetir la razón, y en dácame esas pajas, cáténlo en la mesa de juego. Había entre los tahures un negro caucano, alto, fornido y con machete al cinto, quien á poco andar se enredó en una parada con el recién llegado, y se la ganó. Este le increpó entonces que le había hecho trampa y que le había robado. Entonces sacó el negro el cuchillo y se le fue encima diciéndole: ¿Ladrón yo? ¿Qué te he robado? ¿Decime en dónde te he robado? Y el otro que ya se veía, ó lo iban á ver, partido en dos pedazos, sacando fuerzas de flaqueza, contestó: “Pues hombre ¿no te acordás de aquel día que nos encontramos en el puente del Cauca que tuías vos un novillo debajo del brazo?” El negro no pudo menos de soltar la carcajada, y el asunto acabó en trago. [*Risas.*]

NETA [*ascantándose*].—¿Desean trago los señores?

CRIST.—No, hombre, esa palabra no entra en las instrucciones.

ANT.—Pues hasta ahora van como iguales. Falta Eduardo.

ED.—Ahora verán. En nuestras poblaciones de Oriente, se tiene como proverbial lo de hábiles y descarados que son para el robo los indios del pueblo de San Antonio. Pues bien, en días pasados se entabló en el Estanco de La Ceja una disensión en que algunos sostenían que había otros más ladrones, y adujeron sus razones para el caso. Pero entonces uno del bando contrario, terciándose la ruana dijo: “Pues qué tan ladrones serán los indios del pueblo de San Antonio que un indio de esos se robó una chamba”. ¿Quién brinfiaría?

ANT.—¿Qué qué? Pero hombre, ¿cómo se pueden robar una chamba? Eso es inexplicable. [*Se levanta.*] La tertulia está buena, pero voy á ver cómo marchan mis intereses porque dejé uno de flor en el Pócker.

ED.—¿Y la sentencia?

ANT.—Que todos Us. son unos grandísimos charlatanes. (*Risas. Vase.*)

ESCENA III

(Entra José Restrepo vestido sencillamente con sombrero de iraca.)

JOSÉ.— Buenas noches, señores.

ED.— Hola, negro, dichosos los ojos que te ven.

CRIST.— A ver, querido, cómo te fue? ¿qué nos trajiste?

ALB.— Qué tal, hombre, sí que volviste pronto!

(*Todos dándose las manos al saludarse*)

JOSÉ.— Y si no vuelvo tan pronto me reviento, amigos, casi que me reviento. Har de saber Uds. que llegué como á las cinco; comí; hice un poquito de tertulia con mi madre y mis hermanas y luego le *desebuché* á mi padre los pormenores de los negocios que le fui á desempeñar; él me contó otras cosas de las cuales me alegré mucho; sobre todo por Eduardo, á quien felicite y luego me alegré porque ya me reventaba á causa de que eran muchas las ganas de verlos y de tomarme un trago en este querido Club. ¡Neira! (*llamando*).

NEIRA (*en la puerta*).— Señor

JOSÉ.— Dénos de beber.

NEIRA.— ¿Qué toma, D. José?

JOSÉ.— Ron con gotas; ó no, déme ansado para mezclar con los contrabandos del camino, pues ellos lo serían según lo *malucos* que me parecieron. Hombres, saliendo de Medellín no se puede ni beber á gusto. [*Los demás piden rón: lo mismo... de*]

ALB.— Pero yo he oído decir que no hay aguardiente malo.

JOSÉ.— Pues como no hay más, entonces ¿qué llamas tú bueno en un camino?

ALB.— Todo; lo malo es no encontrar, porque en materia de aguardientes, lo que hay es que unos son mejores que otros, v. gr., el *palonegro*; los malos no se conocen. Y en nuestros caminos es indispensable, pues como dicen los arrieros, es el único regatón posible para salir por esos andurriales.

JOSÉ.— ¡Cuánto amore!

JUG. 2º.— Perdí mi alfil por haberme distraído oyéndole las boberías á aquéllos.

ED.— Más bobos son Uds. que se están ahí hasta las doce de la noche ó más, sin apostar siquiera una copa.

JUG. 2º.— Acaso somos bebedores como Uds?...

ED.— Eso tiene su más y su menos; Uds. no beben por no comprar. Apuesto á que si nosotros les ofreciéramos, sí bebían.

JUG. 2º.— Pero eso sería por atención, y no de gorra y con trampa como Uds.



CRIST.—Pero lo cierto es que Uds. son de los clientes más malos del establecimiento. Cogen puesto temprano, y se están allí hasta media noche sin ayudar para los gastos ni con los diez centavos del recargo de un peso.

JUG. 2^o (*Mira al ajedrez; juega una pieza, se vuelve y dice*):—Pero Uds. tampoco gastan sino que les sacan á los demás.

CRIST.—Alto ahí, mi amigo. Hoy lo que estamos haciendo es por pura diversión; pero nosotros no sólo gastamos, sino que les hacemos gastar á los demás para que las rentas del Club prosperen. En cambio, Uds., como no sea otro caso, no se toman un trago, ni un miserable pocillo de chocolate, para después ir á las casas á pegarse su paizada, y tal vez á regañar, porque dejan acabar tan ligero eso que está tan caro, y que Uds. mismos consumen.

JUG. 1^o—Al rey y á la reina con el caballo. (*El otro se vuelve rápidamente con un movimiento de disgusto, y se pone la cara entre las manos, mirando para el tablero. Los protagonistas sueltan la carcajada*).

ED.—Dejenos á esas almas del Limbo, y cuéntanos, negrito, lo que hiciste por tu correría.

JOSÉ.—En primero y último lugar, dejemos lo de negro y de negrito, pues yo soy y quiero ser José Restrepo; mondo y lirondo, y quiero que todo el mundo me llame por mi nombre propio de hoy en adelante; porque á fuer de caballero y hombre honrado, no deseo que á nadie le suceda conmigo lo que me pasó á mí con otros en esta correría.

ED.—Pues quedamos notificados, y sepamos, amigo, qué fue lo que te sucedió.

JOSÉ.—Verán Uds. Mi padre, que acá para entre nosotros es bastante zorro, me mandó á una población algo distante, pero cuyo nombre me guardo, á cobrar unos documentos de plazo vencido, y á ver si lograba descontar otros, diciéndome que necesitaba dinero, diz que para *solventarse*, porque estaba mal de fondos. ¿Qué opinan Uds?

CRIST.—Que allí sale lo de zorro.

JOSÉ.—Pues bien; provisto de todo lo necesario para un mes ó más, sañ muy ufano en una magnífica mula á cumplir mi comisión, con tantas menudencias de instrucciones, que al día siguiente yo se me habían olvidado muchas. Al fin llegué á mi destino, milagrosamente sin novedad, pues si aquí no traen pronto el vehículo de Dumont, nos vamos á quedar aislados; y después de instalarme en una regular posada, y de meter algo entre pecho y espaldas, me fui

para la plaza. Al llegar á ésta, á eso de las once, me dirigí á un corrillo que había en una esquina, y con un saludo cortés pregunté si me hacían el favor de indicarme la tienda de D. Juan Bautista. . . [no esperen apellidos]. Se miraron unos á otros, y luego dijo uno:—No lo conocemos, joven; probablemente no es de aquí.—Pero cómo, replicué, ¿no estoy en la ciudad tal?—Sí, señor.—Pues traigo una carta importante para D. Juan Bautista. . . que debe tener tienda en una esquina de esta plaza, y tiene un hermano en Ríonegro que se llama D. Antonio, y su esposa se llama Juana María—Ah! sí, señor, dijo uno, según esas señales es *Maquita*, aquél de *poncho* blanco que está en aquella puerta. Me dirigí hacia él y le pregunté:—¿Tengo el honor de hablar con el Sr. D. Juan Bautista? . . . Vacilé un poco, como reconociéndose, y luego dijo: Sí, señor, para servir á Ud.—Traigo para Ud. una carta de mi padre en cuyos asuntos espero que Ud. me ayudará. Se la entregué, y después de una larga lectura me dijo: Aquí nombra mi amigo Indalecio á algunos individuos que según creo, no son de aquí; José M^a. . . Francisco. . . Ignacio. . . Manuel. . . Antonio. . . —Sin duda si son de aquí, le dije yo, acordándome de ciertas advertencias; D. José M^a tiene negocios con D. Fulano, á quien le compró una casa en estos días en esta ciudad.—Ah! ése es *Pepote*, aquí no se le nombra de otro modo. El está ahora en una finca que dista de aquí diez leguas, en donde suele estarse hasta un mes.—D. Francisco, proseguí, es viudo, está recién casado con una hija de D. Patricio, y hace poco vinieron á esta ciudad.—Ah! ése es *Pachereque*. Anda ahora por el Sur trayendo un hijo que le baldaron en la guerra.—D. Ignacio tiene dos hijos en un colegio de Medellín que se llaman Roque y Fernando.—Ah! ése es el *Zorro*; está ahora en Manizales y parece que se demora por allá.—El otro es D. Manuel; tiene aquí una hacienda y compra y vende ganado, y tiene un caballo alazán por el cual le dan trescientos *papeles*.—Ah! ése es el *Troncho*, Pero dígame (*con rapidez*) ¿Ud. conoce el caballo? ¿Viene Ud. á comprarlo? ¿Dará Ud. por él más de los trescientos papeles? Pues hará Ud. muy bien, porque ésa es la mejor bestia que conozco. . . cuando puede con el *Troncho* y juega con él, ¿qué tal será? No quise quitarle el entusiasmo, pues me pareció que era acreedor de D. Manuel; y le dije:—Eso después lo veremos; y nos falta saber de D. Antonio, un señor que negocia con bueyes y mulas, y hace viajes á Caracolí.—Ah! sí señor, sin duda es *Pitaco*.